

La Leyenda de los Hombres Perdidos

Cuenta el romance que aquel fue un año raro, en el que todo se hizo de forma diferente y nadie sabía como sería el día siguiente, o si habría un día siguiente.

Por eso a nadie le extrañó que, en la mañana del día 5 de enero, la Administradora se plantara en el centro del salón comunal para anunciar a los residentes que se había programado una salida organizada para ver la Cabalgata de Reyes, desde una zona de la avenida especialmente acotada para los habitantes de la residencia de Mayores.

Así pues a las seis de la tarde empezó la operación de desalojo del edificio; se formaron pequeños grupos de internos en los que los más válidos se encargaban de empujar las sillas de ruedas de los que tenían problemas de movilidad, todo ello bajo la supervisión de un auxiliar. Descendieron con cuidado la rampa de acceso y salieron del edificio en dirección al centro de la ciudad.

También dice la historia que el último grupo, guiado por Abdul el auxiliar sirio, se quedó rezagado y al llegar al primer cruce, tomó una dirección diferente al resto de la comitiva, y se dirigió hacia el camino de tierra que conducía a la Ermita. Tras el guía iba Mariano, taxista jubilado, que empujaba la silla de ruedas del profesor Benítez, siempre cabreado.

-Podías esquivar algún bache, compañero, que te los tragas todos- Gruñía mientras daba tumbos en la silla.

- ¡Cincuenta años conduciendo y me vas a hablar de baches, cenutrio!.

Cerraba el grupo Guillermo, el poeta aficionado a quien todos llamaban Sekspir, bufanda de lana al cuello y las manos en los bolsillos del gabán mientras declamaba un soneto:

*- Cuando cuarenta inviernos, pongan cerco a tu frente
y caven hondos surcos, en tu bello sembrado...*

Pronto dejó de oírse el bullicio de la caravana festiva, que marchaba por las calles de la villa y las sombras cayeron sobre los caminantes, sigue diciendo la leyenda. Abdul encendió la linterna de su teléfono para alumbrarse, seguido a poca distancia por los tres abuelos que resoplaban camino arriba, hacia la pequeña iglesia semiderruida que ya veían cercana y en la que una figura, envuelta en una pelliza de pastor, pateaba el suelo y palmoteaba para sacudirse el frío de enero.

- Si tardáis un poco más os quedáis sin coñac-. Gritó el hombrecillo y su voz lanzó una nube de vapor que salía de su boca y se mezclaba con la niebla de ese frío día de enero.

Al llegar a la ermita Abdul se detuvo y dirigiéndose a sus acompañantes les pidió el dinero. Diez euros por cabeza, que recogió y entregó al hombre de la pelliza a cambio de una bolsa de la compra en la que tintineaba el sonido inconfundible de botellas de cristal entrechocando.

- Seguidme con cuidado que la senda está fragosa. -El hombre, linterna en mano, encabezó la marcha alrededor de la ermita, hasta llegar a una cancela que daba paso al pequeño cementerio rodeado por una cerca de piedra mohosa. -Yo marchó que hace frío, podéis entrar.

Una vez más Abdul lideró al grupo, el teléfono alumbrando en una mano y la bolsa de Mercadona en la otra. Sortearon unas cuantas tumbas mohosas coronadas por cruces grises, hasta que llegaron junto a una lápida con una inscripción grabada:

Mada Kasienka – 1990- 2020

Mariano aparcó la silla del profesor lo más cerca que pudo de la tumba y luego se recostó contra el árbol más cercano, resoplando por el esfuerzo del viaje. El poeta sacó un librito del abrigo y empezó a recitar con voz temblorosa:

*- Mas si vives tan solo, por no dejar recuerdo,
muere célibe y muera contigo tu figura.*

Abdul sacó vasos de la bolsa y los repartió a los tres viejos. Después abrió la botella de Soberano y se la pasó al profesor que se encargó de hacer llenar los vasos.

Para vosotros el coñac, yo prefiero los cigarrillos que ponen contento- El auxiliar se retiró y se sentó en el borde de otra tumba para liar un cigarrillo.

Así se les pasaron un buen rato, los hombres brindando por el recuerdo de la joven Mada.

- Por Mada, que aunque era polaca, hablaba español mejor que algún taxista que conozco- Decía Benítez echándose un trago al coleteo.

- Por Mada, la mejor auxiliar de toda la residencia. Brindaba Mariano.

- Por Mada que me recitaba versos de Rilke en alemán. Sollozaba Guillermo.

Varias rondas más tarde Abdul terminó el tercer porro y se levantó para organizar la vuelta a casa. Los hombres se despidieron de su amiga muerta con voz temblorosa y ojos húmedos. Mariano volvió a empujar la silla de Benítez y Guillermo dejó su libro de poesías sobre la lápida de Mada.

La niebla se había vuelto espesa al salir del cementerio; el teléfono de Abdul, sin batería, dejó de alumbrar y tuvieron que guiarse por la intuición para encontrar el camino de vuelta.

Todavía se oye por las cantinas canciones que cuentan la historia de los hombres que bajaron del cementerio por el sendero equivocado y nunca llegaron a la residencia. Hay quien asegura que todavía vagan por las trochas del monte, otros dicen que acabaron en el barranco de DespeñaDuero.

Todo eso ocurrió en el año de la primera pandemia, cuando pensábamos que pronto llegaría la vacuna y todo volvería a la normalidad.